

El ejercicio consistía en mirarse 10 minutos seguidos al espejo y después escribir lo que habías visto. Sentí la necesidad de despojarme de todo; me solté el pelo, me quité los pendientes, la gargantilla, la camiseta, el pantalón, el sujetador, el tanga. Me dejé los calcetines y me puse el pijama. Programé la alarma del teléfono móvil con once minutos, y me puse frente al espejo elegido. Miré a los ojos, imposible mirar a otro lado. Allí estaban los ojos inocentes de una niña rodeados de caminitos y surquitos; dibujitos que la hizo el tiempo. En la raíz del pelo atisbaban amenazantes las canas teñidas hacía tan solo una semana. ¡Cada vez dura menos este invento! Me asustó ver a una señora que asomaba debajo de la que se suponía era yo. ¡Hola señora!, un día me gustaría mucho verla del todo y pasear con usted, pero comprenda, y es que, aunque yo a usted la quiera, no es bueno para mí y mi reputación que me vean que ando por ahí con usted, hágase cargo; por otro lado, así se evita usted de tener que dar la cara, que ya la doy yo por usted, aunque a veces no me queden mejillas ya que poner. Dejé que se relajara aquella cara, no sé cuál, si la que miraba, o la que se intentaba dejar ver. Vertiginosamente todo se reformuló y vi entonces el gesto triste de mi hermana, comprendí que tantas veces nos hubieran confundido, hasta yo lo hice. ¡Hermanita!. Miré al cristal intentando comprender o descubrir su truco. Una ligera capa de polvo en la superficie y detrás..., otra vez resbalé los ojos a los ojos, cada uno de un color; si miro al marrón una cara, si miro al verde otra, ¡ya éramos tres! Ésta vez me divertí poniendo horribles muecas descubriendo la posibilidad infinita de interpretación que me brindaba aquella máscara. Una actriz se había colado despistándonos del ejercicio soñando ser reina, cortesana, bella, horrenda, perversa, seductora, frívola, inocente, anciana, señora, hermana, desvalida, enamorada, trágica, masculina, hombruna, femenina, diablo, ángel, puta o niña..., me esforcé en verme a mí, y sólo pude ver a una actriz. Miré a la actriz y vi unos ojos que me miraban desde debajo de una máscara. En aquella foto estaba Margarita Xirgu junto a Valle Inclán, se retrataba en la escena la lectura de Divinas Palabras que hizo el autor ante la compañía de comediantes que las dieron voz por vez primera: “Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat”. (Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra). Sus ojos me miraron atravesando el papel que los revelaba en la foto con ternura y con amor, el amor de verse así misma; el amor al teatro. Sentí un crujido dentro, algo que se rompía en mi corazón. Mari Gaila llora. La cabeza del enano le parece cabeza de ángel y la besa. Besé la imagen de la charca, un espejo sin cristal, sin superficie y sin capa de polvo, una flor hermosa quedo en mi lugar. Narciso. Y yo desaparecí. La alarma del reloj sonó y me dio un susto de muerte. Me miré al espejo y me vi con cara de sueño. Me fui a la cama...